

NO SABÍA VIVIR SIN TI

LUIS JARA

A mi padre

Palabras iniciales

Yo tenía doce años y buscaba con ansias una oportunidad en la televisión. Después del colegio, tomaba la micro y me iba solo a los canales, que eran los lugares donde estaba la vida que quería vivir, esa con la que soñaba.

Ahí estaban los productores, los rostros, las estrellas. Ahí estaban las audiciones y las entrevistas, todo lo que yo pensaba que podía cambiar mi futuro, algo que afrontaba con un estado de nerviosismo comparable al que tuve más tarde, cuando di la Prueba de Aptitud Académica o cuando me subí por primera vez a la Quinta Vergara.

No era fácil.

Nadie de mi familia me acompañaba, no porque no quisieran, sino porque mi papá y mi mamá trabajaban. Y en ese tiempo, la idea de que un niño se subiera solo a la micro no era una locura.

Entre todos esos castings a los que fui, había uno que me importaba mucho, que era el del coro de *El mundo del capitán Sacacorchos*, un programa que conducía Armando Navarrete. Navarrete era un cómico, el famoso Mandolino que salía todas las semanas con Don Francisco, pero acá se desdoblaba y animaba vestido como un antiguo capitán de barco que tenía unos grumetes, que eran niños que cantaban y bailaban. Yo quería estar ahí. Sabía que eso me iba a dar

una permanencia en pantalla todos los domingos, durante un año. Además, al final de la temporada también nos iban a regalar un televisor. No pagaban, pero ese regalo era muy significativo.

Ese fue mi primer programa de tele importante. En Internet hay algunas imágenes. Son extrañas porque me recuerdan lo chico que alguna vez fui y cómo ya estaba cómodo y feliz metido entre las cámaras, en el que sería mi mundo hasta el día de hoy. Son divertidas las escenas. Todos cantamos juntos, el capitán Navarrete luce elegante, con su gorra y su chaqueta azul de botones dorados; dan vuelta los Tachuelas y yo aparezco acompañado de mi viejo y querido amigo Mikele, los dos a punto de entrar en la pubertad, en medio de una banda de payasos.

La tarde en que quedé seleccionado, volví colgando de la puerta de la micro al barrio Victoria donde vivíamos, en éxtasis. Mi casa era muy pequeña, no tenía más de treinta metros cuadrados. Al llegar, lo primero que hice fue encontrarme con mi papá, que había vuelto del trabajo y estaba sentado en la mesa del comedor tomando té. Lo abracé, le di un beso de felicidad y le conté lo que había vivido, pero él, sin ninguna conciencia de lo que me podía provocar, me corrió de un empujón. Me tiró para atrás y se apartó de mí. Él no era violento, pero se descolocó completamente y yo pensé que había recibido un castigo, que venía del miedo de no saber qué estaba viviendo con su hijo.

Me apartó de su lado y dijo:

—Los maricones se besan. Los hombres no hacen eso, no se dan besos.

Me acuerdo perfecto de todos los detalles.

Tengo muy buena memoria y cuando veo a alguien o leo algo, me acuerdo inmediatamente. A veces ha sido un

privilegio, otras veces una maldición, algo que me ha llenado el corazón de pena, porque si bien me permitió aprender la letra de centenares de canciones, estudiar en la universidad y aguantar el ritmo de teleseries, estelares y shows de todo tipo, también hizo que los momentos dolorosos volvieran a mi cabeza con claridad, recordándome cómo el dolor me obligó a crecer y cambiar una y otra vez.

El rechazo me quemó. No era nuevo, lo experimentaba a diario. Lo sentía todo el tiempo fuera de la casa. A esas alturas era ya un poco conocido. Era un niño chico que salía en la tevé y que tenía una voz portentosa, y esa pequeña fama que tenía también poseía un lado muy amargo, que tuvo que ver con soportar las agresiones y el desprecio constante porque no cumplía con los estándares físicos o sociales del medio de esos años, que adoraba a la gente rubia, delgada y que parecía (o más bien fingía) tener mundo.

Ese día no fue fácil. Quedé paralizado y me apoyé en la pared. Cuando logré despegarme, sentí ganas de volver a besar a mi papá, pero ahora para fregarlo y enfrentarlo. Supe que me estaba lanzando contra un hombre que era una muralla emocional.

Como nuestra casa era muy pequeña, escuché más tarde cuando él le dijo a mi mamá:

—¿Qué vamos a hacer con este niño? Me dio un beso y eso no es de hombres. Esto puede terminar muy mal.

Ella, que estaba cerca con su máquina de coser, le respondió amarga:

—¡Jódete, Jara!

Y siguió cosiendo. Ella hacía el esfuerzo de levantarnos, de llevarnos al colegio, de cocinarnos, de retarnos cuando era necesario. Con ella ya estaba conectado. Tomábamos té hasta altas horas de la madrugada y le hablaba de mis sueños, mis ilusiones, del amor por la familia, de mis miedos y ansiedades.

Él, en cambio, era una figura silenciosa, de quien sabíamos poco, un misterio. No había manera de entrar en su vida ni él sabía cómo conectarse con la mía ni con la de mi hermana, incluso con la de mi madre. Nuestros desencuentros eran muy grandes. Sus vínculos descansaban en el poder, en la autoridad. Mi mamá lo justificaba porque entendía que había sido criado como eran criados los hombres en su época, de la que él era un fiel reflejo.

Yo no lo hice. Era un niño, pero no abandoné. No lo abandoné. Con esa extraña lucidez que entrega el dolor que viene con el comienzo de la adolescencia, sentí que tenía un deber que cumplir con ese señor apático. No pude resignarme al empujón y que él le cerrara la puerta en la cara a mi alegría, a cualquiera de mis emociones. Yo sabía que era un misterio que tenía que resolver, que había otro hombre oculto debajo de todo ese ropaje que lo vestía, alguien que alguna vez había mirado enternecido a su hijo recién nacido en la cuna.

Desde ese momento, mucho de lo que hice estuvo relacionado con eso. No lo sentí como un problema. Sabía que podía seguir dos caminos: uno era apartarme definitivamente de este señor; el otro, conquistarlo. Yo lo quería mucho, era todo para mí. No me alejé. Hice lo contrario. Inconscientemente, elaboré una estrategia para empezar a acercarme. Decidí que desde ese momento me relacionaría con él de esa manera, aunque él no quisiera.

Ese señor apático, déspota, frío y egoísta iba a cambiar con la fuerza del cariño.

Este es el punto de partida de esta historia, que siempre he querido compartir porque también es el relato secreto de mis canciones, de mi voz, de la música, que es mi vida. La historia de una casa, de mi casa. La historia de una pequeña

familia y de un niño que aprende a cantar. La historia de un mundo hecho de canciones, de viejos programas de televisión y de festivales.

Es la historia de mis padres y la mía, y trata acerca de cómo comencé a cantar y cómo aprendimos a abrazarnos y a querernos, a acercarnos en un mundo hostil que apenas comprendíamos.

Bienvenidos.